

O HÉROES O NADA

¿Se han fijado ustedes en que lo peor de una desgracia es que se quede en media desgracia? Entonces no hay quien la remedie. Si a un humilde campesino se le quema una parte de su hacienda, quizá no pueda levantar cabeza por los días de su vida; pero si se le quema entera, y mejor cuanto más altas las llamas del dramatismo, seguramente vendrán sus convecinos como un solo hombre a poner remedio. El ciudadano modesto que inesperadamente se encuentra padre de dos gemelos, a mayores de la prole ya existente, nota sudores pensando en cómo salir adelante. Pero si en vez de dos son tres (debilidad, no sé por qué, de los guardabarreras), el panorama se esclarece mucho. Por de pronto, ahí están para padrinos el director de la empresa, el alcalde, el presidente de la Diputación. Y si, por rara suerte, los vástagos fuesen más, mejor aún que la mejor quiniela. Todos sabemos que los casos más sangrantes de la indigencia son aquellos que transcurren de puertas adentro, los pobres vergonzantes. Tienen un patetismo hondo, pero nada espectacular. No sirven para «los formidables».

Otras veces, la penuria no se resuelve porque haya ascendido brutalmente de grado, pero si porque un suceso sobresaliente venga a ponerla ante la conciencia colectiva, hipersensible a cuanto sea publicidad. Ejemplo reciente: «Niño poliomielítico salva a dos niñas». Ustedes habrán leído los pormenores del suceso. Creo que merece destacarse un rasgo esencial para su valoración: la plena conciencia del actor. Francisco Pérez Hernández obró en un impulso, naturalmente, pero no en ese arranque instantáneo con que apartamos a una criatura de las ruedas de un camión y que a cualquiera puede hacernos héroe por casualidad. Francisco Pérez Hernández, limitado por la «polio», empezó a alertarse con el humo que salía de una vivienda próxima, modesta como la suya misma. Cuando comprendió la situación se dispuso a actuar a sabiendas del riesgo. Y sin pensar en ninguna recompensa. Sabía o sospechaba que dentro habían quedado solas dos niñas. La puerta estaba cerrada. El luchó con denuedo hasta torcer los hierros que cercaban la casa, rompió el cristal de una ventana, luego entró, sacó a una niña, después a su hermana. Las trajo al aire libre con quemaduras, pero con vida. Dicen los médicos que las dos niñas del poblado de Fuencarral tendrán ojos y alegría para ver llegar esta primavera.

-¿Y el muchacho?

Claro. Queremos saber qué fue del muchacho. De primer momento, nada. Los hombres gesticulaban mucho, se atropellaban, luchaban ahora por la camilla y sus faldas bordadas con ringorrango, por las sillas de anea, por las alhajas humildes de una casa trabajadora. Francisco Pérez Hernández, no. Él había hecho lo suyo. Las niñas - Raquel, cinco años; Laura, cinco meses- eran una herida dolorosa pero no irremediable, ya corriendo veloces por las calles de la ciudad, anunciadas por ese grito perforante que es la sirena de una ambulancia. Los muebles son otra cosa...

Cuentan que el rapaz del poblado de Fuencarral se quedó a un lado, contento de su proceder, pero sin gana de verse admirado. Los ojos los tenía con lágrimas, él decía que por el humo. Su madre sí que lo alababa, incluso a quien no le hiciera preguntas. El maestro le dijo a ella una vez que si ella tuviera influencia... Ya se sabe lo que son las madres. Esta viste de negro, enjuta, fuerte a su manera. Como tantas madres en España. Tiene seis hijos y un marido que trabaja de peón albañil. Alguien dice allí mismo que Quico merece ir a la Operación Plus Ultra; que Quico es listo y podría destacar si contara con recursos para seguir estudiando (terminó la enseñanza primaria), pero que no podrá seguir estudiando...

Y sí podrá. «En la mañana de ayer, el director... informó de que se le concederá una beca escolar para el próximo curso al niño... como premio a su valeroso acto, salvando de una muerte cierta a las niñas que estuvieron a punto de morir abrasadas... Como es sabido, Francisco sufre una fuerte dolencia de poliomielitis y no disponía de medios para estudiar, aunque desea hacerlo.»

Lo que está entre comillas, es tomado de la prensa diaria. Una feliz noticia, desde luego (aunque a lo que es debido no le cuadre llamarse premio). Pero entre sus líneas anda una evidencia de signo menos venturoso. En España hay niños y mozos «que no disponen de medios para estudiar, aunque desean hacerlo». Es verdad que los poderes públicos predicán cada vez más promesas sobre la enseñanza. Yo las vengo oyendo desde hace treinta y tantos años, los de mi uso de razón. Y no dudo que se esté haciendo mucho, pero bien se ve que no se hizo bastante. Por favor, señores: que los niños de ahora mismo no vayan a hacerse viejos sin ver cumplida su esperanza, y que ello sea sin la necesidad estricta de salir en los periódicos por salvar náufragos, por detener un tren que va a chocar, por jugarse la vida entre las llamas. Lo de «o héroes o nada», resulta una disyuntiva cruel.

Antonio PEREIRA